

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Santiago: trayectoria de un mito*. Pról. de Juan Goytisolo. Edicions Bellaterra, Barcelona, 2004; 462 pp.

Apenas cabe ponderar la trascendencia del mito jacobeo en la cultura hispánica; a tal punto que, como se afirma al comienzo de este libro: "Ninguna visión profunda de la historia y la civilización española puede eludir el detenerse a meditar en un cierto momento el magno capítulo de Santiago en sus orígenes y en sus consecuencias" (p. 31). A partir de esta premisa irrefutable, el autor procede a trazar su historia desde sus oscuros orígenes en el siglo IX hasta sus agónicos coletazos diez siglos después. Un verdadero *tour de force* a lo largo de mil años de cultura española.

La historia de los mitos es un terreno erizado de dificultades. ¿Cómo tratar un objeto de estudio de esta naturaleza? ¿Cómo acercarse a sus múltiples repercusiones en los campos de la religión, la política, la sociedad, la literatura, el arte, etc.? No es posible tratarlo desde un solo punto de vista y de aquí que el carácter interdisciplinario de esta clase de estudios sea casi un requisito. Francisco Márquez Villanueva, autor de una obra que está por demás encarecer, conduce al lector a través de la historia del mito jacobeo dividida en tres partes: "El mito escatológico", "El mito militar" y "El mito estatal". Desde el angustioso himno *O Dei Verbum* del Beato de Liébana, "acta de nacimiento" de Santiago patrono de España que surge entonces como única esperanza en medio del dominio árabe, hasta la anulación definitiva en 1834 del polémico voto que a lo largo de los siglos hizo tanto por el desgaste del fervor jacobeo al emparentarlo con muy poco espirituales intereses económicos, el autor repasa las principales etapas del mito construido en torno a la excepcional relación entre el Hijo del Trueno (*Mc.*, 3, 17) y un remoto rincón de Europa.

En una obra tan homogénea, es difícil poner de relieve alguno de sus capítulos, pero a pesar de ello resaltaría las páginas dedicadas al papel fundamental del Beato de Liébana; las que se ocupan del culto a las reliquias, rebosantes de un humor inevitable (¿cómo impedirlo frente al recuerdo del Santo Ombligo y el Santo Prepucio, reliquias a las que sólo las valdesianas plumas del Espíritu Santo podrían opacar?); las que examinan la metamorfosis de Santiago de pacífico peregrino en sangriento Matamoros (y luego Mataindios y luego Mataquiensea, según las necesidades del momento); las que describen las desmesuradas ambiciones compostelanas de constituirse en una nueva Roma, y las que narran el largo ocaso del mito, que alcanza un punto definitivo cuando el Apóstol, incansable frente a los infieles, brilla por su ausencia en las decisivas batallas navales contra Inglaterra, acaso porque lo suyo eran los combates a caballo. Entonces el autor no ahorra la ironía: "El tonante patrono se había

eclipsado y en realidad unos españoles reacios a entrar en la modernidad no se ajustaron nunca a aquel desconcertante estado de cosas. ¿Es que habrían, por ventura, de hacerse a pensar como unos holandeses cualquiera?” (p. 286).

Entre estas últimas páginas dedicadas a la decadencia del mito, sobresalen las que se ocupan de Quevedo que, frente a la amenaza que representa para el Apóstol el copatronato teresiano, salta con su bravuconería acostumbrada a la palestra. ¿Quién mejor que él, caballero de la Orden, para poner su pluma (convenientemente recompensada, claro está) y, sobre todo, su bilis al servicio de una causa anacrónica que hacía agua por todos lados? Escribe Márquez Villanueva: “A puro golpe de emociones y sabiéndose de espaldas a toda realidad, Quevedo y sus correligionarios se empeñaban en poner en pie el cadáver del mito:jacobeo mediante un tratamiento de descargas eléctricas, que empezaban por administrarse a sí mismos con aquella gama de retadores desplantes” (p. 352).

Santiago actualmente es “poco más que un recuerdo histórico” (p. 32). Otrora reliquia religiosa, es hoy reliquia turística a la que el nuevo “peregrino” rinde tributo con su cámara fotográfica. Sin embargo, la disección de este cuerpo no es una mera curiosidad científica y guarda valiosas lecciones para el presente y el futuro, única justificación de unas Humanidades que pretendan salir de la atrofía de la hiperespecialización o la erudición anticuaria, como lo señaló el autor en el prólogo a una reciente recopilación de artículos de Stephen Gilman (*Del Arcipreste de Hita a Pedro Salinas*, Universidad, Salamanca, 2002), y volver a dar algún sentido al ideal humanista.

En la “Reflexión final”, Márquez Villanueva se cuestiona: “Y mientras tanto, ¿no quedará quizá la casa por barrer? ¿No continuaremos tal vez bajo el peso muerto de demasiados mitos...?” (p. 418). Las preguntas, desde luego, son retóricas porque la totalidad del mundo hispánico abunda en cosas por barrer y otras que hace mucho debían estar en la basura. Sin embargo, el paso previo indispensable para la acción en el presente es el detenido estudio del pasado y en particular de sus elementos más conflictivos, como es el caso de este libro. En el prólogo, Juan Goytisolo propone su lectura como “un remedio eficaz contra la actual modorra de la opinión pública mientras, hundidos en una engañosa sensación de opulencia cañí y chabacana, volvemos la espalda a la brutal realidad del mundo” (p. 22). En España, dicha modorra fue sacudida de una manera que está por demás recordar aquí. No es posible seguir de espaldas cuando “la brutal realidad” hace su violenta irrupción en casa. De aquél y de este lado del Atlántico, *Santiago: trayectoria de un mito* es una obra que tiene mucho qué decir no sólo, por fortuna, al filólogo o al especialista (que mucho pueden aprender en sus páginas y sabrán

apreciar el erudito aparato crítico), sino al lector culto en general, al que está expresamente dirigida, que saldrá de ella con una visión más clara de uno de los mitos que han vertebrado la cultura hispánica¹.

PABLO SOL MORA
El Colegio de México

GIUSEPPE GRILLI, *Literatura caballeresca y re-escrituras cervantinas*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2004; 273 pp. (*Biblioteca de Estudios Cervantinos*, 14).

La *Biblioteca de Estudios Cervantinos* se ha caracterizado por ofrecer, a diversos especialistas, la oportunidad de reunir sus trabajos sobre Cervantes y temas afines. Ha sido el caso, por ejemplo, de Francisco Márquez Villanueva (*Trabajos y días cervantinos*, 1995), Jean Canavaggio (*Cervantes, entre vida y creación*, 2000) o, más recientemente, Alberto Porqueras Mayo (*Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*, 2003); es el caso, ahora, del hispanista italiano Giuseppe Grilli, que agrupa en este volumen trabajos publicados con anterioridad, otros que están por aparecer y algunos más inéditos.

El autor, sin embargo, no ha querido hacer sólo una recopilación de artículos y, corregidos y ampliados, ha intentado hacer de ellos capítulos de una obra dividida principalmente en tres secciones: "Hipotexto caballeresco y re-escritura cervantina" (sobre la relación del *Quijote* con los libros de caballería, particularmente el *Tirant*, que por cierto el autor ha traducido al italiano); "Lecturas del Quijote" (sobre diversos episodios de la novela), y "Más allá del *Quijote*" (especialmente sobre el *Persiles* y las *Novelas ejemplares*). En el "Final", Grilli lamenta lo que quizá sea inevitable en estos casos: "Naturalmente me gustaría que el libro se hubiese escrito con mayor continuidad y que hubiera podido desarrollar su itinerario siguiendo un orden compacto y progresivo" (p. 221).

¹ Una observación final: de particular interés resultará este libro para el lector mexicano en cuanto ilumina de manera indirecta, por los múltiples puntos de contacto con la materia jacobea, el mito nacional guadalupano, cuyo vigor, en pleno siglo XXI, el Apóstol quizá contempla con envidia desde las alturas (pasión demasiado humana, tal vez, pero no más que la ira o el deseo de venganza que en su momento se le atribuyeron) y que hace pocos años dio pie a una polémica muy seria cuando alguien se atrevió a poner en duda la historicidad de algunos de sus elementos fundamentales, con el agravante (no pequeño) de que el incrédulo era el abad de la basílica de Guadalupe (véase un resumen de la polémica en el libro de D. A. BRADING, *Mexican phoenix. Our Lady of Guadalupe: Image and tradition across five centuries*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 348-351).